

GAUDIUM ET SPES Y EL MUNDO DE HOY

Alfredo García Quesada

Alfredo García Quesada es doctor en Filosofía y miembro del Centro de Estudios para la Persona y la Cultura de la Universidad Católica San Pablo. Ha sido vicerrector académico de la Universidad Católica de Petrópolis (Brasil) y ha colaborado académica y administrativamente con diversas universidades del Perú. En 1992 fue nombrado consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los No Creyentes, por el Papa Juan Pablo II, y, en 2004, consultor del Consejo Pontificio para la Cultura. Es miembro del Consejo Editorial de la revista *Persona y Cultura* y de la revista *Vida y Espiritualidad*, así como de otras revistas extranjeras como *Humanitas* (Chile) y *Synesis* (Brasil). Entre sus publicaciones se puede mencionar *La fe y la cultura en el pensamiento católico latinoamericano* (UCSP, Arequipa 2007).

El presente texto es fruto de unas simples reflexiones surgidas de la lectura de la primera parte de la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* del Concilio Vaticano II, promulgada hace más de cincuenta años el 7 de diciembre de 1965 y que es ampliamente conocida como *Gaudium et spes*.

Sin la pretensión de ofrecer un análisis minucioso de este importante documento eclesial, ni tampoco un diagnóstico detallado de la realidad actual, ha animado a la presente reflexión la pregunta acerca de si *Gaudium et spes* es un documento que aún mantiene vigencia a una distancia temporal de más de medio siglo y, si es así, qué es lo que tendría para decirnos a quienes habitamos el mundo de hoy.

Se ensaya esta modesta reflexión atendiendo a la advertencia colocada en la nota que acompaña al título de la Constitución:

«Se llama constitución pastoral porque, apoyada en principios doctrinales, quiere expresar la actitud de la Iglesia ante el mundo y el hombre contemporáneos [] Hay que interpretar, por tanto esta Constitución, según las normas generales de la interpretación teológica, teniendo en cuenta, sobre todo en su segunda parte, las circunstancias mudables con las que se relacionan, por su propia naturaleza, los asuntos en ella abordados»¹.

Considerando este sentido pastoral del documento y, por tanto, como una aplicación de principios derivados de la fe de siempre a una situación histórica contingente, se puede adelantar que no deja de sorprender lo mucho que *Gaudium et spes* tiene para decirnos después de cincuenta años de su promulgación con respecto a la aún más compleja realidad del mundo de hoy. Ya lo habían advertido los últimos pontífices en la línea de que los tiempos de la Iglesia son más dilatados que los tiempos del mundo y que, en ese sentido, muchos de los planteamientos del Concilio Vaticano II y con este de *Gaudium et spes*, aún aguardan para ser más hondamente aplicados en el futuro próximo.

1. NADA DE LO HUMANO ES AJENO

Es siempre edificante recordar las palabras iniciales de *Gaudium et spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo [] son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»². El énfasis en esta sintonía del cristiano con todo lo que encuentra de humano en su entorno y en sí mismo es una de las marcas más significativas del documento conciliar, que opera como un eco del acento de esta misma perspectiva que se puede encontrar en las palabras proferidas hace siglos por San Agustín de Hipona: «Hombre soy, entre hombres vivo. Y nada de lo humano me es ajeno»³, en un aparente parafraseo, desde la fe cristiana, de la expresión semejante del poeta latino Terencio⁴.

Tal vez sea este uno de los principales legados de *Gaudium et spes* para el mundo de hoy, pues una notoria tendencia de nuestro tiempo es considerar que la Iglesia y, más específicamente la fe cristiana, no

1. *Gaudium et spes*, nota 1.

2. Allí mismo, 1.

3. San Agustín, *Epístola* 78, 8.

4. Terencio, *Heautontimoroumenos*, 77.

tiene nada que ver con *lo humano* o, incluso, que reprime o niega aspiraciones legítimas de *lo humano*.

Han contribuido con la construcción de esta imagen deformada del cristianismo las diversas formas de secularismo y laicismo que se han acentuado en la actualidad, pero también las tergiversaciones moralistas, puritanas, pelagianas e incluso espiritualistas y gnósticas que algunos cristianos han hecho de su propia fe.

Pero la relevancia de la afirmación de *lo humano* parece ser aún más profunda y más necesaria en nuestro tiempo si se considera que en el contexto epocal de *Gaudium et spes* el *humanismo* era visto como un valor incuestionable — aun con no pocas variantes y ambigüedades —, mientras que en el mundo de hoy se ha diseminado cierta perspectiva *posthumanista* o *antihumanista* que, bajo inspiración en pensadores como Nietzsche, Heidegger, Foucault, Luhmann o Vattimo, considera que la autoafirmación del sujeto humano en tiempos anteriores ha de ser abolida para dar lugar a un *adelgazamiento del sujeto* o incluso a una *disolución de la persona* y, consecuentemente, a una focalización en los dinamismos *impersonales* de la vida o de los *sistemas* como explicativos de una acción que, así, dejaría pocos rastros de ser verdaderamente humana.

Muchos de los planteamientos del Concilio Vaticano II y con este de *Gaudium et spes*, aún aguardan para ser más hondamente aplicados en el futuro próximo.

La perspectiva de *Gaudium et spes* no se ubica — para decirlo con referencia a los conocidos términos de la ética kantiana — ni en la perspectiva de la *autonomía* del sujeto, ni en la perspectiva de la *heteronomía* de los impulsos externos al sujeto, sino en la perspectiva de la *teonomía participada*⁵, es decir, de la Revelación de Dios que, acogida por la fe, hace patente que «Cristo [...] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»⁶.

5. La expresión *teonomía participada* es de San Juan Pablo II y se encuentra en *Veritatis splendor*, 41, aunque se propone aquí con un alcance antropológico y teológico mayor al que tuvo originalmente en la encíclica centrada en la teología moral.

6. *Gaudium et spes*, 22.

La misión de la Iglesia — subraya el documento conciliar a lo largo de sus páginas — «es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana»⁷, y en ese sentido, se percibe claramente el empeño por trascender el falso dualismo entre *lo natural* y *lo sobrenatural* que, o afirmando unilateralmente lo natural, separado de lo sobrenatural, aparece como raíz de las diversas formas de secularismo o laicismo del mundo de hoy, o afirmando lo sobrenatural, desligado de lo natural, origina deformaciones del sentido encarnatorio de la fe cristiana y una negación de la realidad creada tal como fue querida por el mismo Dios que, llegado el momento, se encarnó en su propia creación para renovarla.

Esta perspectiva de *síntesis encarnatoria* —reflejo y continuación del modo como Dios eligió manifestarse plenamente al ser humano parece haber inspirado las primeras palabras de *Gaudium et spes* referidas a la empática valoración positiva de todo *lo humano*, perspectiva que resulta aún más importante y actual si se toma en cuenta la aceleración de no pocas tendencias *deshumanizantes* en el mundo de hoy.

2. EL DIÁLOGO DE LA IGLESIA CON EL MUNDO

En este mismo *proemio* de *Gaudium et spes* se afirma: «El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de *dialogar* con ella acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio»⁸.

Uno de los más significativos aportes de
Gaudium et spes para el mundo de hoy parece
encontrarse en el señalamiento de preguntas
existenciales fundamentales.

Alguien podría legítimamente preguntar, con cierta irreverencia, por qué la Iglesia deseaba dialogar con el mundo y de dónde provenía su aparente pretensión de aclarar los problemas del mundo.

7. Allí mismo, 11.

8. Allí mismo, 3. Las cursivas son nuestras.

Detrás de tal cuestionamiento podría estar la actitud manifiesta en la anécdota de aquel grafiti en el metro de una urbe que con vivos colores decía «Jesús es la respuesta», siendo que al día siguiente apareció debajo la inscripción: «¿La respuesta a qué pregunta?»⁹.

Más allá de lo anecdótico, lo que parece importante resaltar es que si no hay pregunta, no solo la respuesta, sino el mismo diálogo podría aparecer como impropio o como un inconveniente monólogo. Ello fue lúcidamente advertido por Eric Voegelin¹⁰ cuando describía el modo como ciertas formas ideológicas de los dos últimos siglos — con una alta carga de gnosticismo inmanentista — se habían construido para *prohibir* ciertas preguntas, siendo que en el mundo de hoy la dificultad para plantearse preguntas fundamentales parecería haberse acentuado en atmósferas ideológicas más sutiles que sustraen con superficialidades y artificialidades del contacto directo con las honduras de la existencia humana que son las que suscitan las preguntas fundamentales sobre el sentido de la vida.

Por ello, uno de los más significativos aportes de *Gaudium et spes* para el mundo de hoy parece encontrarse en el señalamiento de preguntas existenciales fundamentales, que denomina *perennes hominum interrogationes*¹¹, formuladas a lo largo del documento.

Explicitadas las preguntas, el diálogo cobra mayor sentido y la Iglesia lo impulsa decididamente a semejanza de su Maestro, que evangelizó dialogando, suscitando preguntas, esclareciéndolas y respondiéndolas. Ciertamente, es un tipo de diálogo que trasciende la confrontación relativista de opiniones — hoy tan exacerbada en los *mass media* y en las *redes sociales* — y que tampoco se reduce a lo que Rorty denominaba “conversación edificante”¹². Es, más bien, un *diálogo* cuyo sentido se ubica en la senda del origen etimológico de la expresión, como encuentro de *logos*, esto es, de inteligencias abiertas a la realidad y que, en el caso de la Iglesia, aparece como reto para que haga más prístinamente evidente su identidad portadora no de cualquier *logos*, sino del *Logos* encarnado, capaz, como señala *Gaudium et spes*, no solo de iluminar las preguntas, sino de otorgarles respuesta.

9. Véase *La Iglesia y la juventud* (Editorial), en: *Vida y espiritualidad*, n. 86 (setiembre-diciembre 2013), p. 5.

10. Véase Eric Voegelin, *Science, politics and gnosticism*, Regnery Publishing, Washington 1997.

11. *Gaudium et spes*, 4.

12. Véase Richard Rorty, *A filosofia e o espelho da natureza*, Relume Dumara, Rio de Janeiro 1994, pp. 366.

Ahora bien, ¿cuál es el *mundo* con el que *Gaudium et spes* buscaba dialogar? Ya en el segundo párrafo del documento se señala que la Iglesia tiene ante sí al *mundo* comprendido por lo menos en tres sentidos: el mundo como familia humana con la totalidad de realidades en que esta vive, el mundo como teatro de la historia humana y el mundo como creado y redimido por Dios¹³. Se trata, pues, de un concepto no unívoco, sino analógico de mundo, en cuyos varios sentidos se puede descubrir el afán de la Iglesia por dialogar con los hombres y mujeres del propio tiempo en cuanto insertados en realidades concretas, en ambientes o escenarios particulares y dentro del designio divino del origen, renovación y destino de la humanidad.

Buscando una mayor precisión acerca del sentido de este diálogo con el mundo, el Papa Benedicto XVI observaba en su memorable discurso a la Curia Romana de diciembre de 2005: «La cuestión resulta mucho más clara si en lugar del término genérico mundo actual elegimos otro más preciso: el Concilio debía determinar de modo nuevo la relación entre la Iglesia y la edad moderna»¹⁴.

Desde esta perspectiva, consideraba que la Iglesia, que había sido intensamente operante en el mundo durante el periodo barroco, luego, a partir del siglo XIX, cuando la modernidad se plasmó de un modo más concreto, experimentó una relación negativa con este nuevo mundo. Con respecto a esta nueva situación, dice, se habían formado en la época del Concilio «tres círculos de preguntas, que esperaban una respuesta»: la relación de la fe con las ciencias modernas, la relación de la Iglesia con los Estados modernos y la relación de la verdad cristiana con las religiones del mundo.

Así, no obstante ser no pocas veces signo de contradicción en el mundo a semejanza de su Maestro la Iglesia «quería eliminar contradicciones erróneas o superfluas, para presentar al mundo actual la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y pureza». Ahora bien, de modo aún más sintético, Benedicto XVI subraya que «el paso dado por el Concilio hacia la edad moderna, que de un modo muy impreciso se ha presentado como apertura al mundo, pertenece en último término al problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas»¹⁵.

En ese sentido, se puede decir que *Gaudium et spes*, al enfatizar las preguntas fundamentales que detectaba en el mundo de su tiempo,

13. *Gaudium et spes*, 2.

14. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005.

15. Allí mismo.

aspiraba en última instancia al diálogo entre la búsqueda inquisitiva de la verdad (operada mediante la razón) y la certeza de haber encontrado ya la fuente de esa verdad (obtenida mediante la fe en Dios), para decirlo en expresiones de San Juan Pablo II¹⁶.

Ubicando la cuestión medio siglo después, el propio Benedicto XVI percibía que

«el diálogo entre la razón y la fe, hoy particularmente importante, ha encontrado su orientación sobre la base del Vaticano II. Ahora, este diálogo se debe desarrollar con gran apertura mental, pero también con la claridad en el discernimiento de espíritus que el mundo, con razón, espera de nosotros precisamente en este momento»¹⁷.

Por otro lado, no fueron pocos quienes, al culminar el Concilio, juzgaron que *Gaudium et spes* presentaba una visión demasiado optimista del mundo y, más específicamente, de la historia del siglo XX. Sin embargo, fue también San Juan Pablo II —cuya participación en la redacción de este documento conciliar fue tan importante— quien treinta años después, ya como Pontífice, ofreció una clave luminosa al calificar la perspectiva de *Gaudium et spes* con respecto al mundo como un «realismo de la esperanza»¹⁸.

Con ello, Juan Pablo II deseaba enfatizar que la mirada que la Iglesia dirige al mundo es aquella mirada de la esperanza que no consiste en una disposición mentalista positiva, ni tampoco en un anhelo difuso o utópico por un mundo mejor, sino que es un dinamismo profundamente realista porque se encuentra anclado en realidades que, aunque invisibles, son más consistentes y permanentes porque proceden de Dios mismo que las promete y revela. Se trata de una mirada mayor, más profunda, más esencial, más amplia, que consigue ver la eficacia de la gracia y de la acción de la Providencia en medio de los desvíos de la libertad humana y de las no pocas tristezas y angustias que estos generan. Ello evita el negativismo y su consecuente pasivismo, y permite —como lo hace el siguiente texto de *Gaudium et spes*— exhortar a la humanidad a redoblar sus esfuerzos en la configuración de un mundo mejor:

16. Véase *Ex corde Ecclesiae*, 1.

17. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, ob. cit.

18. Juan Pablo II, *Discurso en el XXX aniversario de la promulgación de la Constitución Pastoral Gaudium et spes*, 8 de noviembre de 1995, 10.

«la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas es lo que hoy con frecuencia sucede , y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar...»¹⁹.

Cuestión fundamental para el mundo de hoy, en donde las nuevas generaciones experimentan ya cierto *miedo al futuro*, en donde tendencias nihilistas buscan borrar las preguntas por los *finés* últimos, en donde cierto *inmediatismo* expresado en el *carpe diem* diluye la mirada histórica sobre el devenir humano, en donde el *hedonismo* deja sin respuesta al dolor que acompaña siempre a la condición humana o en donde el *emotivismo arbitrario* termina ocultando las *preguntas razonables acerca del sentido de la vida*.

3. CAMBIOS Y PARADOJAS EPOCALES

La perspectiva de la esperanza cristiana hace posible, según la conocida expresión de *Gaudium et spes*, «escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio»²⁰. Se trata, pues, de una perspectiva que no intenta esconder los problemas del mundo, diluyéndolos en un falso irenismo o escondiéndolos bajo un barniz engañoso, sino que desdobra su carácter realista al buscar escrutar estos problemas en su raíz misma. Entre estos signos de los tiempos , el documento conciliar indicaba dos fenómenos particularmente incisivos en el mundo de aquella época: *la aceleración de los cambios* y *la intensificación de las paradojas*.

Acerca del signo correspondiente a los *cambios acelerados*, *Gaudium et spes* presenta la siguiente descripción:

«El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero [...] se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redunda también en la vida religiosa [...]. La propia historia está

19. *Gaudium et spes*, 21.

20. Allí mismo, 4.

sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas [...] de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis»²¹.

Resulta sorprendente que un texto redactado hace más de cincuenta años pueda ser tan justamente aplicable a la situación del mundo de hoy. Ahí está apuntada la rapidez de los cambios que suscita lo que hoy se denomina el acortamiento de la *obsolescencia*; también se detecta lo que hoy se denomina *globalización, mundialización o planetarización*; se hace referencia a la conciencia del surgimiento de un *cambio epocal*, que algunos denominaron hace unos años, aunque ambiguamente, *postmodernidad*; y, finalmente, se prevé la irrupción de nuevos *paradigmas* para la comprensión de los nuevos problemas que plantea el mundo.

Observando esta vigencia del texto, se puede afirmar, a partir de una mirada desde la fe, que ello parece deberse a la honda y aguda perspectiva que posibilita el realismo de la esperanza, visión que, según el entonces Cardenal Ratzinger, podía ser afirmada como la visión profética del Concilio:

«hoy estamos descubriendo la función profética del Concilio. Algunos textos del Concilio Vaticano II, al momento de su promulgación, parecían adelantarse a los tiempos que se vivía. Después, ocurrieron transformaciones culturales y terremotos sociales que los Padres no podrían haber previsto, pero que evidenciaron que sus respuestas, anticipadas para la época, eran las que el futuro inmediato exigía. De ahí que volver a los documentos conciliares resulte hoy particularmente actual, pues ponen en nuestras manos instrumentos adecuados para abordar los problemas de nuestro tiempo»²².

Frente a aquel vértigo generado por la aceleración de los cambios, el Concilio proponía volver los ojos hacia la persona, pues, en última instancia, el cambio en la historia y en la cultura es un fenómeno que tiene su origen en el ser humano. Pero proponía, sobre todo, mirar hacia la verdad, siempre antigua y siempre nueva, de Dios presente

21. Allí mismo, 4-5.

22. Josef Ratzinger y Vittorio Messori, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1986, p. 40.

en la historia y, más concretamente, del Verbo eterno que se encarnó en el tiempo para esclarecer el misterio del hombre:

«La Iglesia afirma que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo [...] el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época»²³.

Con respecto al segundo *signo* antes mencionado — la *intensificación de las paradojas* — *Gaudium et spes* ofrece varios pasajes particularmente interesantes, como por ejemplo el siguiente:

«Así mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio. Quiere conocer con profundidad creciente su intimidad espiritual, y con frecuencia se siente más incierto que nunca de sí mismo. Descubre paulatinamente las leyes de la vida social, y duda sobre la orientación que a ésta se debe dar. Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica. Mientras el mundo siente con tanta intensidad su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas [...]. Se aumenta la comunicación de las ideas; sin embargo, aun las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos hartamente diversos en las distintas ideologías. Por último, se busca con insistencia un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el mejoramiento de los espíritus»²⁴.

Una vez más resulta sorprendente la actualidad de la descripción ofrecida por *Gaudium et spes*. Podría incluso decirse que hoy parece aún más actual. Efectivamente, el poder, hoy encarnado en el dinamismo casi omnipresente del mercado o de la tecnología, se expande

23. *Gaudium et spes*, 10.

24. Allí mismo, 4.

como dinamismo cada vez más atractivo y capilar y, al mismo tiempo, más anónimo, imprevisible e incontrolable. Sabemos también más sobre el modo como la mente humana opera, por ejemplo a través del desarrollo de la neurociencia, pero tal vez nos hemos alejado más de la respuesta a la pregunta acerca de quién es la persona humana por haber escondido las preguntas sobre el fundamento y la finalidad de la propia existencia. Abundan los diagnósticos sobre los dinamismos y espacios sociales, así como las normas y leyes de diverso tipo, pero no se les vincula necesariamente con el sentido orientador del bien común, ausente como concepto en muchas formas legislativas. La riqueza económica y, por ejemplo, la producción de alimentos también ha aumentado de modo que se podría acabar con el hambre en el mundo, pero la riqueza se concentra cada vez más en la búsqueda de lo superfluo, en el remolino del consumismo, así como en la avaricia financiera que ocasionó la crisis de 2008, de la cual el mundo aún no se ha recuperado. Aumentó también la interdependencia entre los pueblos, pero se observan aún más agudos conflictos en el Medio Oriente, entre Oriente y Occidente, entre el Norte y el Sur, junto con sus expresiones más radicales como el terrorismo mundial del fanatismo islámico, las xenofobias diversas y el drama del fenómeno migratorio más grande de los últimos tiempos. Asimismo, la comunicación entre personas y pueblos se ha intensificado a través de canales como Internet, que el Concilio no podría haber previsto, pero la alerta sobre la superficialidad y equivocidad de las palabras, además de la manipulación de conceptos, a través de lo que Orwell apuntaba como el doble lenguaje, se hacen hoy aún más manifiestos, como por ejemplo en la ideología de género o en el uso ideológico del lenguaje a través de expresiones como salud reproductiva, reproducción asistida o interrupción del embarazo, calificadas por el Papa Francisco como nuevas formas de «colonización ideológica»²⁵.

Ahora bien, así como en relación al signo correspondiente a la *aceleración de los cambios*, *Gaudium et spes* invitaba a volver los ojos hacia la antropología como clave hermenéutica indispensable para comprender el sentido de ese signo, así también invita a que el signo correspondiente a la *intensificación de las paradojas* sea interpretado a partir de la aproximación al misterio de la persona humana esclarecido desde el misterio del Verbo encarnado:

25. Véase Francisco, *Discurso en el encuentro con las familias*, Manila, 18 de enero de 2015; *Discurso en el encuentro con los obispos polacos*, Cracovia, 27 de julio de 2016; *Palabras en encuentros con periodistas en vuelos de retorno de viajes apostólicos*, 19 de enero de 2015 y 03 de octubre de 2016.

«En realidad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano [...] enfermo y pecador, el ser humano no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad [...]. Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación»²⁶.

4. JESUCRISTO REVELA EL HOMBRE AL HOMBRE

Como se puede observar en el breve análisis anterior acerca de los dos signos más significativos que *Gaudium et spes* verificaba en su tiempo, el documento conciliar afinaba su mirada sobre estos signos desde dos principios fundamentales: la persona humana y la persona del Verbo encarnado. De modo más preciso, es la persona de Jesucristo, quien, volviendo más clara la imagen de la persona humana, permite escrutar en el mundo, esto es, en el denominado *orden temporal*, algunos signos que revelan el tipo de inquietudes que se manifiestan al interior del corazón humano y que, así, aparecen como *signos de los tiempos* particularmente relevantes para el futuro de la humanidad.

En ese sentido, uno de los más lúcidos observadores del escenario social mundial, el sociólogo Pedro Morandé, no dudaba en señalar que lo más importante en este documento conciliar es su *antropología teológica*. Luego de repasar ciertos cambios significativos en el escenario mundial ocurridos a treinta años de la promulgación de este documento, se preguntaba:

«¿Ha perdido vigencia, por ello, la *Gaudium et spes*, la que, ciertamente, no previó estos acontecimientos? Pienso que es razonable afirmar que la cuestión fundamental ahora, como hace treinta años, a pesar del cambio de escala que ha afectado a muchos fenómenos sociales, es el reconocimiento y respeto irrestricto a la dignidad de la persona humana, cuestión que, por lo dicho, no es ajena al reconocimiento del misterio de Dios []. Es decir, lo que está en juego siempre en una época de grandes y vertiginosas transformaciones es lo esencial, no lo accidental.

26. *Gaudium et spes*, 10.

Y como lo demuestra toda la historia de la cultura, cuando el pensamiento vuelve a la pregunta por el origen, a la pregunta por el fundamento, sus frutos son de una actualidad y potencia que se proyectan por siglos. Esto es lo que ha hecho la *Gaudium et spes* con su centramiento en la antropología teológica»²⁷.

Esta centralidad del misterio del Verbo encarnado en la comprensión de los dinamismos humanos del propio tiempo llevó a que diversos lectores de *Gaudium et spes* calificasen su visión del ser humano, como un *antropocentrismo teologal*, como una *antropología cristocéntrica* o como un *humanismo cristológico*. Más allá de los acentos diversos en estos términos, se expresa en todos ellos la intención fundamental del documento conciliar: el énfasis en el vínculo indisoluble entre Dios y el hombre, consumado en la Encarnación del Verbo, y, así, la reafirmación de que la imagen del hombre se esclarece en la Imagen de Dios Encarnado. La descripción más bella de esta convicción se encuentra en el célebre número 22 de *Gaudium et spes*, que siempre es edificante recordar:

«En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»²⁸.

Este enraizamiento de la persona humana en la persona de Cristo es la que hace posible la confiada y consistente afirmación del valor del hombre en cuanto hombre, como acostumbraba hacerlo San Juan Pablo II, que denominó a *Gaudium et spes* la *carta magna* de la dignidad humana²⁹ y que en su famosa homilía a los jóvenes en el Domingo de Ramos de 1984 — en el marco del Año Santo que conmemoraba el 1950 aniversario de la Redención y en donde hizo entrega a los jóvenes de la Cruz que se tornó símbolo de las Jornadas Mundiales de la Juventud — exclamaba: «Vale la pena ser hombre porque Tú te has hecho hombre»³⁰.

27. Pedro Morandé Court, *La Gaudium et spes y la misión de la Iglesia frente a los desafíos antropológicos de la época actual*, en: <http://www.clerus.org/clerus/dati/2004-06/22-15/filgaud.html>

28. *Gaudium et spes*, 22.

29. Véase Juan Pablo II, *Discurso en el XXX aniversario de la promulgación de la Constitución Pastoral Gaudium et spes*, 8 de noviembre de 1995, 9.

30. Juan Pablo II, *Homilía de Domingo de Ramos*, Roma, 15 de abril de 1984, 3.

Se trata de una perspectiva antropológica que, por un lado, expresa el renovado sentido que la vida humana adquiere desde la revelación del Verbo eterno, y que, por otro lado, expresa también la altísima dignidad del ser humano, en cuanto gloria de Dios — como le gustaba decir a Ireneo de Lyon³¹— y que se confirma en la decisión divina de, en la persona del Verbo, asumir la condición humana también de modo eterno.

Este enraizamiento de la persona humana en la persona de Cristo es la que hace posible la confiada y consistente afirmación del valor del hombre en cuanto hombre.

Tal vez uno de los textos que mejor expresa esta inmensa valorización de la dignidad de la persona humana sea el siguiente pasaje de *Gaudium et spes* en referencia al Salmo 8:

«Pero, ¿qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia. La Iglesia siente profundamente estas dificultades, y, aleccionada por la Revelación divina, puede darles la respuesta que perfile la verdadera situación del hombre, dé explicación a sus enfermedades y permita conocer simultáneamente y con acierto la dignidad y la vocación propias del hombre. La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado *a imagen de Dios*, con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios. ¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre para que cuides de él? Apenas lo has hecho inferior a los ángeles al coronarlo de gloria y esplendor. Tú lo pusiste sobre la obra de tus manos. Todo fue puesto por ti debajo de sus pies (Salmo 8, 5-7)»³².

31. Véase San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 4, 20, 7.

32. *Gaudium et spes*, 12.

En el mundo de hoy, esta honda afirmación del valor de la persona humana se torna aún más necesaria. Es verdad que actualmente atentados contra la dignidad humana que existieron hace pocos siglos atrás, son más radicalmente afirmados como inaceptables, como, por ejemplo, la esclavitud, la disminución de la mujer ante el varón o el sometimiento de niños al trabajo. Y, sin duda, todo ello obedece a un reconocimiento más coherente del aporte que la fe cristiana ofreció hace veinte siglos al mundo al afirmar la dignidad universal de la persona humana, concepción que no existía en civilizaciones anteriores al cristianismo.

Sin embargo, la afirmación del valor de la persona, desligado del origen cristiano que lo hizo históricamente posible, la deja abandonada a su voluntad arbitraria y, así, se terminan generando diversas rupturas contra su propia dignidad, como se puede verificar en la actual reivindicación de derechos para cambiar el propio sexo o para aniquilar a la persona en el vientre materno, en las diversas formas de reingeniería de la propia identidad o de la conversión de la persona en objeto de consumo, comparable y sustituible, así como en las dudas sobre ciertas capacidades inherentes de la persona que hasta hace poco tiempo atrás parecían incuestionables, como, por ejemplo, la real capacidad de la razón humana para alcanzar la verdad o la capacidad de la voluntad humana para orientarse hacia el bien, fenómenos todos ellos que manifiestan formas dramáticas de deshumanización o despersonalización que parecen agudizarse en el mundo de hoy.

En ese contexto, *Gaudium et spes* revela su vigencia y pertinencia:

«La antigua historia del Buen Samaritano — decía el Papa Pablo VI en la homilía que pronunció en la última sesión pública del Concilio Vaticano II — ha sido el modelo de la espiritualidad del Concilio. Ha prevalecido una simpatía sin límites [por el hombre]. El descubrimiento y la reflexión renovada acerca de las necesidades humanas [...] absorbieron la atención del Concilio [...]. Es necesario que los humanistas modernos que han rechazado la trascendencia de las cosas supremas, reconozcan y valoren, por lo menos, este nuevo humanismo. También nosotros, tal vez más que cualquiera, somos cultores del hombre [...]»³³.

33. Pablo VI, *Discurso en la última sesión pública del Concilio Vaticano II*, Roma, 7 de diciembre de 1965.

Todo ello se encuentra magníficamente desarrollado en el capítulo primero de la primera parte de *Gaudium et spes*. Pero esta primera parte del documento conciliar no se detiene en la reflexión sobre la dignidad de la persona, sino que desdobra la verdad sobre la naturaleza y vocación del ser humano en el capítulo segundo que trata sobre la *comunidad humana* y en el capítulo tercero que trata sobre la *actividad humana* y que muchos consideran que es el texto clave para comprender el capítulo sobre la cultura³⁴ e incluso todos los otros capítulos de la segunda parte del documento.

No siendo posible —en el marco de esta breve reflexión— presentar todos estos aportes, permítasenos tan solo citar dos pasajes particularmente sugerentes de estos dos capítulos siguientes de la primera parte de *Gaudium et spes*.

El primer pasaje extraído del capítulo sobre la *comunidad humana* resulta, por un lado, especialmente pertinente ante la agudización de ciertas formas de individualismo o egocentrismo en el mundo de hoy, y, por otro lado, manifiesta cómo el esencial carácter *relacional* del ser humano se logra afirmar a partir de la *imagen* que la persona porta en sí misma de la *relacionalidad* que es propia de la Trinidad divina y que solo pudo ser conocida como tal gracias a la revelación del Verbo encarnado:

«cuando el Señor ruega al Padre que *todos sean uno, como nosotros también somos uno* (Jn 17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí misma a los demás»³⁵.

El segundo pasaje tomado del capítulo sobre la *actividad humana en el mundo* es también pertinente ante el activismo como fenómeno de nuestro tiempo que o no encuentra un *fin* que le dé sentido o termina reduciéndolo todo a un simple *medio* de su desenfreno arbitrario y, por otro lado, muestra que la acción humana cotidiana adquiere su sentido pleno desde el esencial acto renovador del Verbo encarnado que revela el *fin último* reservado a toda la humanidad:

34. Véase, por ejemplo, Alberto Methol Ferré, *Puebla: evangelización y cultura*, CELAM, Bogotá 1980, p. 45.

35. *Gaudium et spes*, 24.

«El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo [] Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin»³⁶.

Finalmente, para entender mejor la relación de la Iglesia con el mundo de hoy, una lectura honda de *Gaudium et spes* parece invitar a la recuperación de una comprensión ontológica de la Iglesia y no simplemente ética o calculista para poder captar el sentido de su presencia operante en el mundo. Si ella es fiel al hecho de ser “mundo reconciliado”, según la profunda definición de San Agustín³⁷, estaría en capacidad de ofrecer su aporte distintivo y único al mundo de hoy. Sin embargo, más que el real impacto actual del secularismo o del laicismo sobre la Iglesia, que buscan arrinconarla o hacerla desaparecer de ciertos espacios públicos del mundo actual, parece que habría que preguntarse si acaso el problema esencial no se encuentra más bien en su seno, es decir, en la dificultad que experimentan muchos de sus miembros para prolongar el dinamismo encarnatorio del Verbo encarnado en sus propias vidas y por tanto en el mundo, afectados por algo así como un proceso de *desencarnación*. La ignorancia de la propia fe por parte de tantos católicos, el creciente aumento de bautizados alejados o las diversas formas de divorcio entre la fe y la vida parecen afectar actualmente a la Iglesia y, por tanto, a su efectiva relación con el mundo de hoy.

En ese sentido, las páginas finales de *Gaudium et spes* también hablan a la Iglesia de nuestro tiempo, haciendo un llamado para que sus miembros ofrezcan un testimonio creíble que haga presente en el mundo el *realismo de la esperanza*, que manifieste que la Iglesia es verdaderamente signo visible «de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»³⁸ y que evidencie en la propia experiencia que la vida en Cristo torna plena la vida humana:

36. Allí mismo, 38.

37. San Agustín, *Sermón* 96, 7-9. Véase también *Catecismo de la Iglesia Católica*, 845.

38. *Lumen gentium*, 1.

«Todo lo que, extraído del tesoro doctrinal de la Iglesia, ha propuesto el Concilio, pretende ayudar a todos los hombres de nuestros días, a los que creen en Dios y a los que no creen en Él de forma explícita, a fin de que, con la más clara percepción de su vocación integral, ajusten mejor el mundo a la superior dignidad del hombre, tiendan a una fraternidad universal más profundamente arraigada y, bajo el impulso del amor, con esfuerzo generoso y unido, respondan a las urgentes exigencias de nuestro tiempo [...]. Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia [...]. Los cristianos, recordando la palabra del Señor: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en el amor mutuo que os tengáis (Jn 13,35), no pueden tener otro anhelo mayor que el de servir con creciente generosidad y con suma eficacia a los hombres de hoy [...]. Quiere el Padre que reconozcamos y amemos efectivamente a Cristo, nuestro hermano, en todos los hombres, con la palabra y con las obras, dando así testimonio de la Verdad y comunicando a los demás el misterio de amor del Padre celestial...»³⁹.

39. *Gaudium et spes*, 91-93.